



www.loqueleo.com/bo

© 2025, Mauricio Rodríguez Medrano, César Herrera,
Raquel Balcázar, Mariam Mocobono

© De esta edición:

2025, Santillana de Ediciones S.A.

3.^{er} anillo interno, Av. Pedro Rivera N° 3095

entre Av. Alemana y Av. Beni

Santa Cruz de la Sierra

Telf. (3) 3397998

ISBN: 978-99974-21-91-3

Depósito legal: 8-1-1858-2025

Printed in Bolivia - Impreso en Bolivia

Primera edición: mayo de 2025

Edición: Montserrat Esteban Alaix

Diagramación: Nubia Álvarez

Ilustración de cubierta: Adriana Arce

Impreso en SPC Impresores

Teléfono: 2111121

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,
ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de
información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico,
fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o
cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Leyendas bolivianas

Nueva Era, el ajayu • Así habla la viudita •
Devolveme mi palabra, la promesa •
Mi nombre es Urutaú

RELATOS INSPIRADOS EN LEYENDAS TRADICIONALES

loqueleg

Prólogo

7

Narramos casi desde el momento en el que empezamos a hablar. Probablemente, los primeros relatos surgieron al mismo tiempo que el ser humano desarrollaba el lenguaje. Estos cumplían, hasta el día de hoy, distintos propósitos en la vida del hombre: preservar la memoria, entretener o enseñar.

A diferencia del mito, la leyenda entrelaza lo real y lo fantástico, pues en muchos casos, alguno de sus elementos tiene asidero en la realidad: el lugar en el que se ambienta, el tiempo en el que ocurre o los personajes que la protagonizan. Este es el caso de la leyenda del mojón con cara de Santa Cruz de la Sierra, en el que dicho mojón tallado se encontró y posteriormente se restituyó en la calle Republicuetas de la ciudad; o el de la inquietante cruz verde de la calle Jaén de la ciudad de La Paz.

Las leyendas forman parte de la identidad de los pueblos en los que se originan, ponen de manifiesto su cultura y comprensión del mundo; de ahí la importancia de la figura del relator que facilita la recopilación, transcripción y difusión que garantiza su preservación. En este sentido, la editorial Santillana, a través del *I Premio de Narrativa Soy Loqueleo 2024*, mantiene vivo el espíritu de las leyendas bolivianas y, a la vez, promueve el talento de escritores noveles convocados a inspirarse, adaptar y/o actualizar las historias que nos cuentan nuestras leyendas en nuevas narraciones como las que se presentan a continuación de la categoría juvenil.

La primera, *Nueva Era*, está basada en la creencia andina del *ajayu* o espíritu de las personas, y escrita en un estilo ágil y fresco, próximo a los jóvenes al estar colmado de referencias de la cultura popular moderna, especialmente de los cómics. La segunda, *Así habla la viudita*, si bien se basa en el personaje misterioso y terrorífico de la viudita, el autor intensifica el elemento gótico y romántico, en el que el vino hace referencia a la sangre, y el caserón, a un sombrío y

mortecino mausoleo. La tercera, *Devolveme mi palabra*, es una narración escalofriante y conmovedora a partes iguales, cuya ambientación y estilo nos trasladan a las historias de épocas antiguas y lejanas que nos contaban nuestros tíos y abuelos. Finalmente, *Mi nombre es Urutaú* nos evoca un mundo primordial de naturaleza exuberante en el que las pasiones humanas —amor, compasión, envidia y celos— pasan a un primer plano bajo la mirada atenta de seres sobrenaturales chiquitanos.

Les invitamos a disfrutar de estas narraciones de leyendas bolivianas.

Prof. Eduardo Montaña
Jurado I Premio Narrativa Soy Loqueleo 2024

Nueva Era

MAURICIO RODRÍGUEZ MEDRANO

El ajayu es mi río escondido con sangre.
Jesús Lara

11

Parte I: Akapacha

1

Me obligaron a viajar. Eran los últimos días de octubre del 2019, luego de las elecciones generales, lo que denominé: ¡El año de La Crisis en Tierras Infinitas! En esa época, yo tenía quince años. Estaba pasando por una etapa punk rock tras la muerte de mi mejor amiga. Llevaba el cabello corto, casi pegado a la cabeza y era fanática de Los Ovnis de Huanuni, de Cicatriz y de Wara, en su versión LP. Mamá me llamaba: “Li”. Papá me llamaba: “Li-Li”.

2

12 Mamá ingresó de repente a mi cuarto y quitó un montón de ropa apilada en el escritorio. Luego tropezó con unas zapatillas que estaban en el suelo. Me llamó, pero no hice caso. Me llamó por segunda vez, más irritada, con su voz de Pazuzu: “Libertad Espinoza Cruz”. Me quité los *headphones* y escribí en mi libreta, con letras mayúsculas: “DIME”.

—Tu papá nos necesita.

3

Mamá era bióloga, titulada de la UMSA. Papá era antropólogo, egresado de la UMSA. Los mejores amigos de mis papás eran de la UMSA. Ellos me contaron que, en los años setenta, las aulas del Monoblock habían servido como una especie de “Salón de la Justicia” para planificar la caída de nuestra versión boliviana de Starro el Conquistador: el general Banzer, alias Mi General. El dictador, Hugo Banzer Suárez (entre 1971 y 1978). El presidente en democracia, Hugo Banzer Suárez (entre 1997 y 2001).

—Viajaremos a Santa Cruz —me dijo mamá.

Escribí en mi libreta: “PASO”. Ella dijo que era una orden. Entonces pensé en posibles respuestas: a) Escribirle que estaba loca si pensaba pasar los bloqueos. Loca de verdad. Loca en serio. b) Escribirle que el Fin del Mundo estaba cerca o el comienzo de una Nueva Era. ¡El Pachakuti, mamá! c) Ponerle cara de haber tomado un jarabe amargo: dioxadol o loratadina o fluoxetina.

Mamá era una mujer menuda e intensa, de pelo negro y rebelde hasta el cuello. Usaba gafas de vinilo. Era dura y práctica. Me ordenó apurarme y meter mi ropa en una mochila. Escribí en mi libreta: “Me quedaré con mi abuela”. “Está en Llallagua”, me dijo. Escribí en mi libreta: “¿El abuelo?”. “Está en Coroico”, me dijo. Escribí en mi libreta: “¿Mi prima política?”. “Odia a los adolescentes”, me dijo. Luego se fue a la cocina.

“¡Primero ordenas tu cuarto!”, me gritó.

—¡Saldremos en una hora!

6

14 Llegamos a El Alto por Achocalla. Mamá manejaba nuestra Peta Fusca de color amarillo. Era un Volkswagen de segunda mano. Escuchábamos a Loukass: *No le reces al sol*. La salida a Molino Andino estaba bloqueada. Escribí en mi libreta: “Mala movida, mamá”. La avenida Bolivia parecía el escenario de alguna película postapocalíptica. Las llantas quemándose en el asfalto; las carrocerías calcinadas de lo que alguna vez fueron minibuses; los conscriptos replegándose en dirección a La Ceja. Mamá frenó y bajó el volumen de la radio.

Escribí en mi libreta: “Es la única ruta según Google Maps”.

7

Mamá puso el freno de mano, salió del coche, pero dejó el motor en marcha. “Espera”, me dijo.

Mi tía Keila estaba orgullosa de su hermana. “Hija”, me dijo mientras hacía cuñapés la última vez que visitamos Santa Cruz en vacaciones de invierno, “¡tu mamá es una Kill Bill!”. Luego me mostró unas fotografías. ¡Mamá de mediados de los años noventa, llevando una permanente endiablada, en una toma del Monoblock! ¡Mamá envuelta en unas nubes de gas lacrimógeno, con una mirada de protomártir de la Independencia de Bolivia, enfrentándose a unos policías en la Marcha del TIPNIS!

15

8

Mamá caminó, toda segura, decidida, hasta un montículo de piedras. Midió. Rodeó. Hizo unos cálculos con las manos y luego regresó. “Pasamos”, me dijo, con una expresión de seriedad. Escribí: “¿ESTÁS JUGANDO?”. “Pasamos, Li”, me dijo otra vez y aceleró.

—¡Pasamos! —gritó, aferrándose al volante.